

El encuentro de Jesús con la mujer samaritana contiene una gran cantidad de enseñanzas. En esta homilía abordaré sólo a tres. Jesús desafía todas las costumbres de su día en este encuentro. En primero lugar, ningún hombre con buenas intenciones hablaría con una mujer que no fuera su esposa o miembro de su familia, especialmente en público. Segundo, ningún judío se asociaría con un samaritano voluntariamente. Los judíos odiaban a los samaritanos incluso más que a los gentiles porque los samaritanos eran una raza y una religión mixtas y eran considerados herejes por los judíos, y porque habían sido adversarios durante siglos. La mayoría de los judíos preferirían cruzar el río Jordán e ir hacia el norte por rutas más largas y peligrosas en vez de cruzar por regiones samaritanas.

Sin embargo, Jesús viajaba a través de la región samaritana y, aparentemente sin vacilar, le pidió a una mujer una bebida de agua. Observen que la mujer se escandalizó porque un judío le pidió a una samaritana una bebida de agua; sus discípulos se escandalizaron porque Jesús estuvo solo, hablando con una mujer. Nosotros no nos escandalizamos porque recordamos que muchas veces Jesús escogió pasar tiempo con prostitutas y otros pecadores. Ese es el primer mensaje de esta lectura del Evangelio: Jesús desafía todas las costumbres para contactar a todos nosotros que somos pecadores, ofrecernos su respeto y su amor.

Noten que no se nos mencionó si esta mujer le dio a Jesús la bebida. Ella le preguntó cómo él, un judío, podía pedirle a una mujer samaritana una bebida. Jesús usó su pregunta para elevar el nivel de la conversación: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, tú le pedirías a él, y él te daría agua viva». Ella siguió siendo hostil. En efecto, dice, «¿Quién te crees que eres?» Pero Jesús no se defendió. Él le aclaró que estaba hablando en dos niveles diferentes: «El que bebe de esta agua [le dice] vuelve a tener sed. Pero el que bebe del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed; el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un manantial capaz de dar la vida eterna». Todavía, ella no entendió, pero Jesús consiguió su atención. En esta parte del Evangelio tenemos el segundo mensaje. Noten la persistencia de Jesús mientras él intenta superar la pared que esta mujer mantiene entre ella y este judío. Jesús es persistente en que busca superar nuestras defensas para que él pueda darnos la refrescante agua de vida, vida que empieza ahora y existe por toda eternidad.

Luego, sin avisar, Jesús cambió el tema y se volvió personal cuando le pidió llamar a su marido. Aunque ella le respondió francamente, siguió argumentando: «Señor, ya veo que eres profeta. Nuestros padres dieron culto en este monte y ustedes dicen que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén». Jesús respondió de la misma manera en que la mujer habló y en esta respuesta recibimos el mensaje más importante de Jesús:

Créeme, mujer, que se acerca la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorarán al Padre. **Ustedes** adoran lo que no conocen; nosotros adoramos lo que conocemos. Porque la salvación viene de los judíos. Pero se acerca la hora, y ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así es como el Padre quiere que se le dé culto. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad.

Hay mucho más en esta selección del Evangelio para nuestra meditación y nuestra instrucción, pero quisiera resumir lo que he llamado a nuestra atención. Realmente nuestra sed no es de agua. Como el profeta Amos escribió: «Llegará el día, dice Yavé, en que mandaré al país el hambre, mas no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yavé» (Amos 8:11). Y Jesús dice en este mismo Evangelio: «El que tenga sed, que venga a mí. Pues el que cree en mí tendrá de beber. Lo dice la Escritura: De su seno brotarán ríos de agua viva» (Juan 7:37b-38).

Nuestro persistente, amoroso Señor rompe con toda tradición para contactarse con nosotros pecadores. Él nos ofrece su respeto y su amor. Él nos ofrece el agua viva que nos da vida nueva y la renueva en el Sacramento de la Reconciliación. Su deseo es vivir dentro de nosotros para que podamos ser transformados en la manera que lo fue esta samaritana y aquellos con quién compartió su alegría. Que rompamos las paredes que mantienen a Jesús fuera de nuestras vidas para que abramos nuestros corazones y nuestras mentes para recibir su amor y su vida.